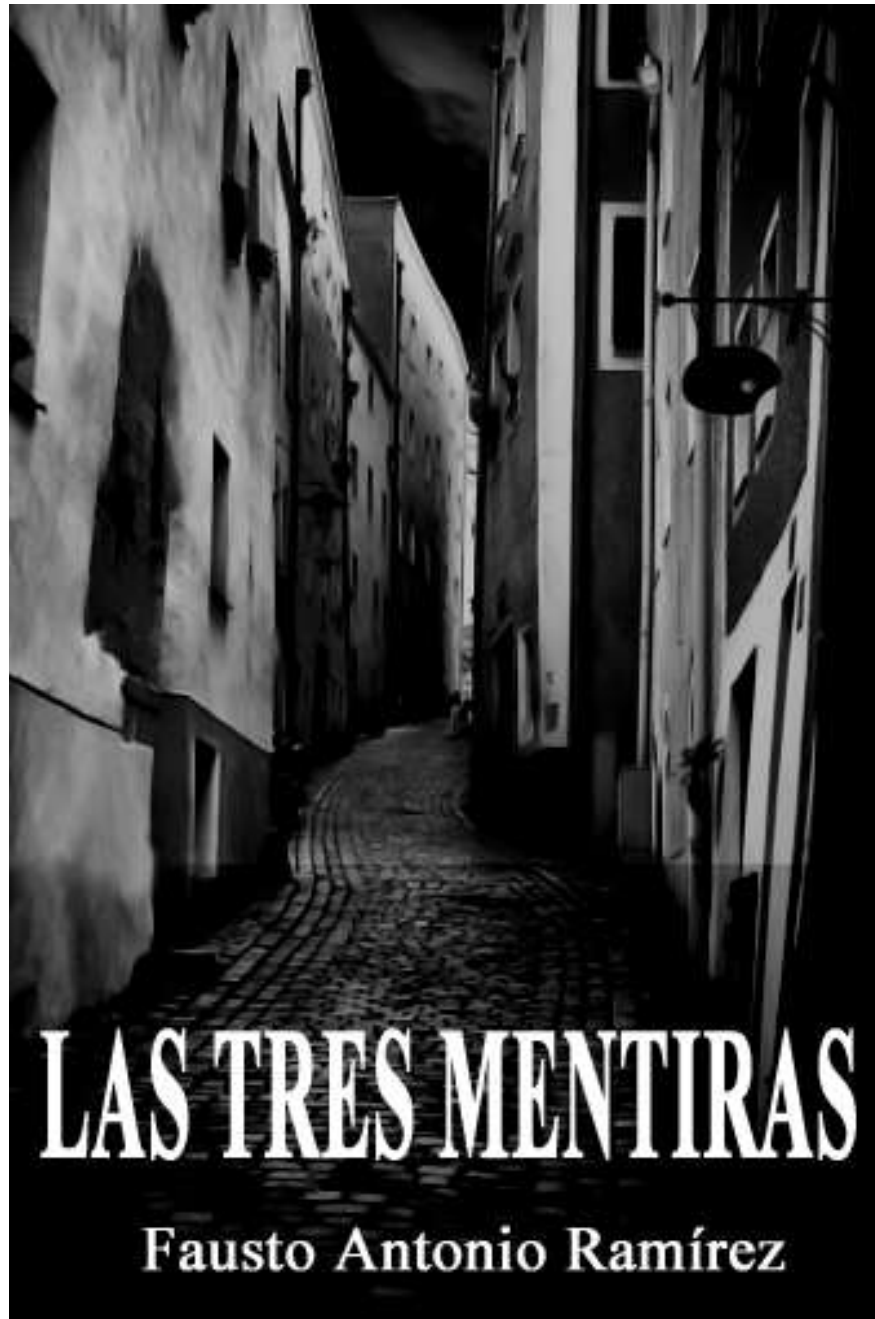


LAS TRES MENTIRAS



Fausto Antonio Ramírez

Aquella tarde me acomodé a los pies de mi abuela para escuchar la historia que durante varios días le estuve solicitando, en aquel caluroso e inclemente verano, sin percibir entonces lo que el destino me estaba reservando. Llevaba puesto un camisón blanco de hilo y el pelo suelto, negro hasta la cintura. Me encantaba que la abuela me desenmarañara el cabello, lo hacía con tanta suavidad y delicadeza, que la mayor parte de las veces me daban ganas de dormir, era como una especie de droga que llegaba a poseerme por completo, al tiempo que sentía el toque delicado de la mano de Marta que a cada tirón del cepillo me recogía toda la manta de la melena, esparciéndola sobre mis hombros como si fuera una gasa.

Tenía las piernas dobladas en una misma dirección, con los pies descalzos en un suelo de madera antigua que por otra parte también había sido testigo de la historia de mi dinastía. En casa de Marta sentía recuperar mis raíces más profundas, y mucho más en aquella habitación en la que nos encontrábamos los dos, que fue donde nació mi madre, aunque de ella no conservaba muchos recuerdos.

Marta comenzó la narración mientras la luz se atrevía a irrumpir en la alcoba, sin pedir permiso, pero calentando la estancia que a modo de útero nos cobijaba en una dulce fusión de afecto donde parecía brotar la vida por la intensidad del cariño que entre esas cuatro paredes se respiraba.

—Mariana Salazar llegó a Villamar del Marquesado, el quince de octubre de 1956 —comenzó Marta contemplando mis ojos reflejados en el espejo del peinador— casi mes y medio después de que Don Arturo, el maestro del pueblo,

hubiese muerto de un ataque al corazón. Aquel año, cuando apenas había comenzado el curso escolar, tuvieron que suspenderse las clases por razones de fuerza mayor. La precipitación por traer un nuevo maestro sumió al pueblo en una dura batalla con el Ministerio de Educación y Ciencia, quien finalmente logró que una joven maestra, todavía sin curtir, pudiese incorporarse a la escuela unitaria de aquella parroquia gallega.

Aquella mañana, Mariana se levantó inmersa en una escena con la que se había pasado soñando toda la noche. La noticia de su inminente incorporación al nuevo puesto de maestra no le había dejado casi pegar ojo. Si su padre viviese para verla afrontar su primer destino... Cuántas veces había soñado con ese momento, sin embargo, su ausencia la embarcaba en una alegría incompleta que no tenía más consuelo que la esperanza de que la estuviese viendo desde el cielo, compartiendo con ella el inmenso gozo para el que se había estado preparando con tanto ahínco. Ciertamente, desde que su padre Manuel Salazar había muerto, nada había vuelto a ser igual. Esa mañana, más que ninguna otra vez, Mariana sentía su ausencia como un frío que hiela la sangre. La figura paterna había tenido tanta influencia sobre ella a lo largo de su vida, que era precisamente en los momentos claves de su existencia cuando más experimentaba su falta. Vaciando el contenido de los cajones de la cómoda, empezaron a lloverle los recuerdos que el tiempo había conservado. Todas aquellas cosas heredadas de la familia formaban parte de su contexto vital más inmediato. Era una forma de tener siempre presente las raíces de las que se había alimentado de niña y a las que se seguía sintiendo muy unida, como si de una cría se tratase. En más de una ocasión había pensado que aquella obsesión retentiva por conservar los recuerdos de su sangre tenía mucho más de neurosis, fruto quizás de su inmadurez, que de un sano deseo por

conservar viva la memoria de los suyos. Pero, en cualquier caso, eso era algo a lo que de momento no estaba dispuesta a renunciar, ya que su eterna soledad, hasta ese momento jamás colmada, se alimentaba de aquellos objetos a los que se veía exageradamente atada, pese a su edad. Con una extraña sensación de desnudez interior vació el primer cajón de la cómoda sobre la cama en la que había colocado la maleta abierta, para ir metiendo minuciosamente sus cosas. Mariana no era una mujer en absoluto caprichosa para el dinero, su vida no tenía más horizontes que sus clases particulares a domicilio a las que se desplazaba con más deseo de ayudar que de otra cosa. Sin embargo, aquellas horas que dedicaba a la enseñanza, le permitían llevar una calidad de vida, que sin caer en estrecheces, le permitía vivir con cierto desahogo, fuera de todo lujo fútil al que no estaba acostumbrada. Un pensamiento fugaz pasó por su cabeza, como intuyendo quizás que el pueblo al que ahora iba destinada conservaría vivo el dolor de un pasado terrible que, en definitiva, no tenía nada que ver con ella, ni con sus proyectos de futuro para los que tanto se había estado preparando. Cada vez que Mariana se veía abocada a tomar una decisión de cierto calado, volvía a echar mano de su historia familiar, como para sentir la aprobación de los suyos a los que no podía consultar sus decisiones. Desde que le llegó la carta de requerimiento para incorporarse al puesto de maestra, sus diálogos y referencias parecían de nuevo resucitar, pidiendo el asentimiento implícito de los suyos a los que hacía partícipes con el pensamiento y la oración.

Aquel otoño, el escándalo llegó al pueblo de forma inesperada, cuando los castaños engalanaban *El Bosque de los Rumores* después de un período de lluvias, como nunca se había conocido en toda la comarca. El escándalo llegó con Mariana, una mujer enamorada de su vocación, para la que se había preparado

intensamente. Su primer destino la llevó hasta Villamar, donde iba a tener que luchar con la ignorancia y la malicia, hasta el último día. Cuando estas dos realidades se unen, cordedad mental y mala fe, se puede llegar a hacer tanto daño que sólo una conversión inesperada del corazón es capaz de transformar definitivamente la vida. Esa iba a ser fundamentalmente su tarea, luchar contra lo imposible para abrir las entendederas de aquellas mentes obtusas, cerradas en sí mismas y suspicaces hasta límites extremos.

El pueblo era conocido por sus tres mentiras: ni era villa, ni tenía mar, ni jamás en su historia hubo nunca un marqués. La mentira formaba parte de su idiosincrasia, por eso escondía entre sus gentes una forma de ser oscura y siniestra que a cualquier persona venida de fuera le resultaba casi imposible una vida apacible y tranquila en aquel lugar, que por otro lado escondía los rincones más bonitos que la naturaleza ha sabido crear.

Cuando Mariana llegó para incorporarse a su nuevo trabajo, el pueblo rechazó su presencia, por no ser nacida allí. A aquella gente no le gustaba que los extranjeros vinieran a inmiscuirse en sus costumbres y estilos de vida. Celosos de sí mismos, se creían garantes de una tradición que hasta ese momento no había sido jamás alterada por ninguna otra realidad que no fuera la que el mismo pueblo era capaz de originar. Fiel a sus costumbres, Villamar se autoabastecía de su propio trabajo, y después de una terrible posguerra había conseguido salir adelante con el esfuerzo que todas sus gentes hicieron desde el primer día. Aquellas mujeres, enlutadas la mayoría por la viudedad de las que eran víctimas por culpa de la guerra, se habían convertido en las dirigentes oficiosas, donde cualquier novedad que se intentaba introducir necesitaba la aprobación popular para ser acogida como algo bueno para todos. Dentro de aquel grupo de mujeres aciagas,

destacaba la presencia de Doña Matilde, la viuda del último alcalde fusilado en el 39 por los rojos. Esa mujer tenía en sus manos el poder fáctico de controlar al pueblo entero, y era tan temida por los hombres como por las mujeres. Cualquier iniciativa, social o cultural, necesitaba ser aprobada por ella, si quería ver la luz. Era tal su poder de condicionamiento sobre las demás mujeres del pueblo, que si ocurría algo que ella juzgaba no inscribirse dentro de la moral y la probidad, podía llegar a anular a una persona, con un desprecio hiriente de muerte.

La asociación que dirigía Doña Matilde se había ido constituyendo a través de los años. Prácticamente, la totalidad de las mujeres del pueblo formaban parte de ese entramado para el que no hacía falta ningún documento de pertenencia. Bastaba con adquirir el mismo estilo y la misma forma de pensar para sentirse simpatizante del grupo de “las damas negras”, como así las llamaba despectivamente Mariana. Formar parte de aquel equipo era todo un mérito personal, y el único requisito era hacerle la corte a Doña Matilde para convertirse así en un vigilante infiltrado, en el entramado social del pueblo.

Con el tiempo, Mariana comprendió que los maestros del pueblo, hasta el momento siempre venidos de fuera, eran prácticamente los únicos que se mantenían al margen de aquel mundo de hablillas y de crítica mordaz. No obstante, Mariana se entregó a su labor con toda la pasión de su corazón, intentando pasar por encima de la opinión que podía provocar en aquellas pobres gentes sin cultura y ancladas a una historia de muerte.

El primer día de clase, Mariana descubrió un grupo muy dispar por las edades diferentes que lo configuraban, como por los distintos niveles de formación. Todos eran hijos de las familias del pueblo que venían bien aleccionados sobre el trato que debían prestarle a la nueva maestra. A Mariana le

sorprendió sus miradas punzantes, nada limpias y como habiendo perdido la transparencia de la inocencia más pueril. A menudo se decía que eran viejos prematuros, que sin haber vivido aún el dolor de la existencia, ya traían un resabio recalcitrante. Aquellas pequeñas almas pretendían saber más que ella y mostraban, con un descaro de impertinencia, un abierto rechazo a poder crecer intelectual y humanamente. Aquel primer día fue la gran decepción de Mariana. Con sus técnicas pedagógicas recién aprendidas en la Escuela Normal, no podría ir muy lejos. Tenía que probar otras formas de llegar al corazón de esos chicos si realmente seguía confiando en su deseo de hacer de ellos mejores personas, frente al nido de avispas en el que se veían obligados a vivir.

Los primeros meses de su llegada a Villamar, Mariana tuvo que hospedarse en una pequeña fonda donde le alquilaron una habitación. La casa del maestro, en la que había estado viviendo Don Arturo, necesitaba ser reparada, y esperaban que algún familiar suyo viniera a hacerse cargo de sus pertenencias y objetos personales. Su muerte había sorprendido a todo el pueblo y las prisas por continuar el ritmo normal de las clases habían precipitado la llegada de Mariana, sin darle apenas tiempo para que pudiera disponer de la casa. La nueva maestra se alojó en la pensión de Inés Radaña, una pequeña casa de pueblo de dos plantas y cinco habitaciones. Por allí no solían pasar muchos huéspedes y casi siempre la hostería estaba vacía. Inés vivía sola y se apañaba con los pocos ingresos que ahorraba de algún que otro cliente que en vacaciones se dejaba caer por el pueblo. No es que el pueblo tuviera mucho que ver, pero sus bosques y parajes naturales se habían convertido en un importante atractivo para los curiosos y aventureros de la ciudad. La casualidad quiso que Inés y Mariana se hicieran buenas amigas, despertando el recelo y la crítica en el grupo de las *damas negras*. En verdad, Inés

Radaña no se amoldaba a los cánones que Doña Matilde hubiera deseado de todas las mujeres del pueblo. Inés tenía mucho mundo a las espaldas como para entrar en ese juego despreciable con el que gozaban tanto aquellas enfermizas mujeres. Inés estuvo muchos años en Suiza, sus padres, personas inteligentes, como ella solía decir, se marcharon al comienzo de la guerra y ella volvió al pueblo algunos años después. Su padre tenía, en palabras de Inés, corazón de rojo, y eso allí no se perdonaba. Sin embargo, pese a sus maneras bastante liberales y su pasado poco ortodoxo, en el pueblo tenía una gran autoridad moral. Aquel reconocimiento social le venía de su altura intelectual que la hacía imbatible ante cualquier discusión, por muy peregrina que esta fuera. Inés vivía su vida con una soberana libertad como para pensar y decir lo que le venía en gana, pasando por encima de Doña Matilde y del mismo cura del pueblo, a quien no soportaba ni por su hipocresía, ni por su cinismo.

Mariana encontró en aquella mujer un apoyo importantísimo para soportar la enemistad manifiesta de aquellas gentes e impulsar una forma de enseñanza con la que poder abrirle la mente a aquellos niños, que en el fondo, no eran culpables sino víctimas de la cerrazón de sus padres. La nueva maestra empezó por hacer una vida normal hasta que la hostilidad declarada se le hizo insoportable. Mariana era muy hermosa, tan bella como para convertirse en poco tiempo en el deseo escondido de los hombres del pueblo. Mariana tenía una frescura y juventud envidiables. Su lozanía hacía de ella la persona más codiciada de Villamar y tanto era así, que desde su llegada era prácticamente el único tema de conversación en todos los círculos vecinales. Las mujeres la observaban como la competencia más fuerte frente a sus maridos, y los hombres hablaban de ella como si se tratase de un animal con el que poder aparearse, dando rienda suelta a una virilidad

absolutamente primitiva.

Con el tiempo, Mariana fue comprendiendo los entresijos que movían a las gentes de Villamar, produciendo en ella una profunda decepción de la que conseguía escaparse durante sus clases y en la amable compañía de Inés, con quien había llegado a estrechar una amistad que no terminaba de gustar en ese pueblo. Las dos mujeres tenían algo que el pueblo no estaba dispuesto a aceptar de ninguna manera. Por una parte, la soberana libertad con la que las dos amigas se movían, sin importarles ni la opinión ni las costumbres de allí, y por otro lado, la sensualidad que ambas suscitaban por su belleza o sus maneras cultivadas, que frente al resto, anulaban cualquier intento de emulación envidiosa.

2

Las veces que había escuchado a la abuela hablarme de Mariana Salazar, había provocado en mí un deseo mayor por adentrarme en su propia historia, al tiempo que sentía como si la sangre me bullera por dentro, por la rabia y la indignación ante el comportamiento de todo un pueblo hacia esa mujer. Cuando quise saber la verdad de aquella historia, había notado que Marta echaba balones fuera, era como si quisiera ocultarme algo. La ambigüedad de sus palabras y la falta de detalles, contrariamente a lo que ella pretendía, me despertaba una inmensa curiosidad por saber más de aquella mujer. Había algo en aquel relato que no me dejaba tranquila.

Las vacaciones de verano comenzaron con un sabor a nostalgia agradecida que me hicieron sentirme viva y feliz al mismo tiempo. Adoraba ver a mi abuela desempolvando sus recuerdos a ritmo de mis requerimientos e inquietud. Suponía

que mis ganas por saber más de mí y de nosotras debía alegrarle el corazón, que a decir por la pasión que ponía en narrar todas aquellas viejas historias, la enorgullecían profundamente.

A la mañana siguiente de nuestro primer capítulo sobre Mariana Salazar, me desperté de un salto de la cama y con los ojos todavía hinchados por el sueño de la noche, me dirigí a su habitación para despertarla. La claridad se colaba por debajo de su puerta. Eso me hizo imaginar que ya estaría despierta, aunque enseguida recordé que Marta siempre dormía con las persianas subidas. Desde su habitación podía contemplar la noche, y algunas veces cuando era posible, las estrellas que se fijaban en el infinito. Entré con mucho sigilo en su alcoba y entreabrí la puerta como intentando espiar sus movimientos. No lograba alcanzar la cama con la vista, así que con mayor determinación me atreví a invadir su estancia, sin hacer ruido alguno. Mami ya no estaba en la habitación. La puerta que daba al balcón estaba abierta y el viento levantaba la cortina blanca como una vela hinchada por el viento. La luz me pareció magnífica desde aquel rincón de la casa. Olía a mañana de resurrección, cuando los almendros están en flor, cargados de vida y de savia renovada que anuncia el nuevo tiempo para el hombre y el cosmos entero. Estaba descalza. Andar sin zapatos por casa de mi abuela me daba una confianza extraordinaria, me sentía libre y niña al mismo tiempo. El suelo crujía debajo de mis pies, queriendo acompañar mi paso sencillo y entregado que, en aquella casa, me hacía sentir segura y cándida a la vez. Me asomé al jardín que estaba debajo del balcón. El sol, desde primeras horas de la mañana, alumbraba con fuerza y los pájaros cantaban sin cesar, en un bullicio de fiesta desorganizada que me hicieron sentirme con ganas de vivir, de saltar y de correr. Ahora quería ir en busca de mi abuela, darle los buenos días y estrecharla entre mis brazos. ¡Me

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

